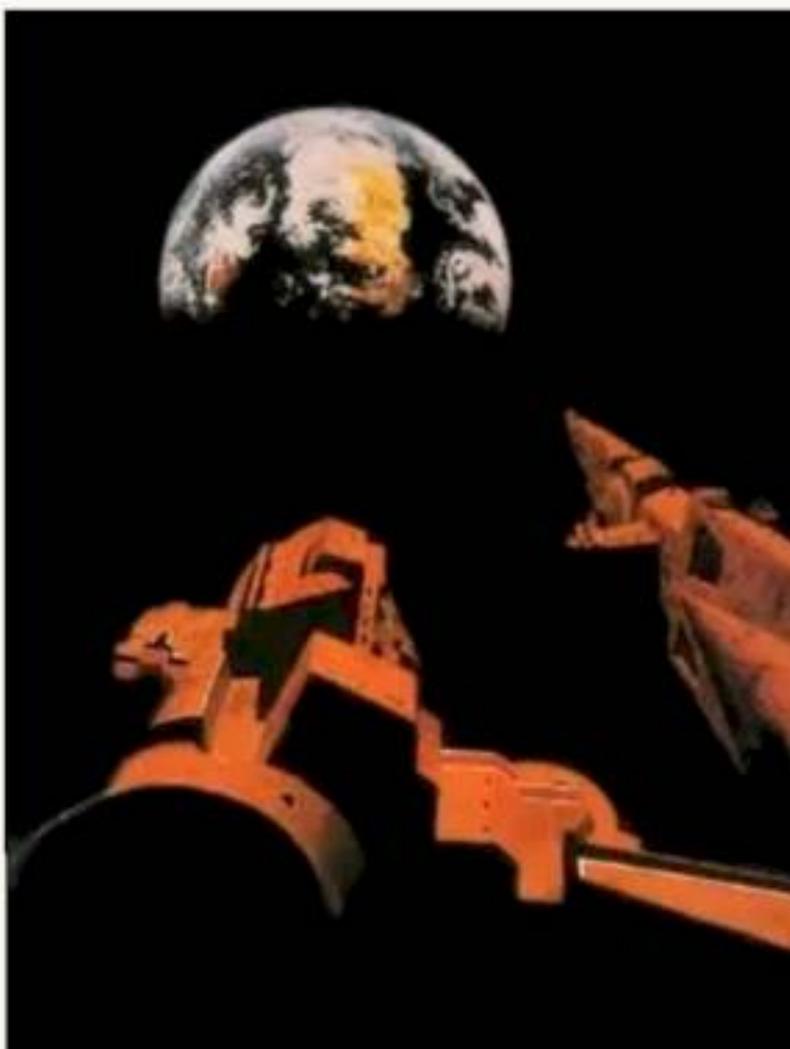


SELECCIÓN DE  
**TERRY CARR**

# UNIVERSO / 5

ANTOLOGÍA DE  
CIENCIA-FICCIÓN  
CONTEMPORÁNEA

Hilary Bailey  
F.M. Busby  
M. Downey Broxon  
Stephen Goldin  
Ursula K. LeGuin  
Fritz Leiber  
Kris Neville  
Edgard Pangborn  
J.M. Reaves  
Gene Wolfe



Con una selección efectuada por Terry Carr, el presente volumen nos ofrece un interesante grupo de autores de ciencia ficción. Terry Carr es un experto en este campo de la creación literaria que cada vez suma nuevos valores, campo que, al principio, se denominó de anticipación, como una rama de la narrativa, para llegar a constituir un género autóctono y, hasta cierto punto, independiente. Podríamos aseverar que se singulariza como uno de los más representativos de nuestra época, en la cual la angustia, determinada por diversos fenómenos sociales, configura un futuro brumoso y amenazante para la humanidad. Con un humor ácido, a veces tierno, con crudeza o con un trasfondo poético, esta ficción literaria ofrece a nuestro mundo una advertencia cara al porvenir, una advertencia que, en ocasiones, adquiere los tintes sombríos de una clara premonición.

En *Universo 5*, figura un interesante grupo de escritores, como F.M. Busby, asiduo colaborador de las revistas americanas de ciencia ficción, la joven autora Mildred Downey Broxon, Fritz Leiber, el autor que más premios ha obtenido en este género, J.J. Russ, psiquiatra y escritor, Kris Neville, creador de un sutil humorismo, el imaginativo Gene Wolfe, ya conocido por los lectores de ciencia ficción, y Hilary Bailey, autora de un estilo incisivo, entre otros. Terry Carr, que en sucesivos volúmenes de la presente serie ha presentado a lo más destacado de este género, también ha escrito las notas que introducen tanto en la personalidad del autor como en el meollo de la obra, con lo que el lector podrá hacerse una cabal idea de las promociones que, en los Estados Unidos, cultivan este género, tan interesante y tan de nuestro tiempo.

## Índice de contenido

Cubierta

Universo 5

Si esto es Winnetka, tú debes ser Judy

El gato de Schrödinger

Cómo era sentir

La noche es fría, las estrellas están muy lejos

Misteriosos sucesos en el museo metropolitano

Con m de mayoría

El viento nocturno

Problemas de supervivencia

Juego pasional

La desviación elástica

Pero por su patria, como un soldado

Las murallas

Terry Carr

Notas

*F. M. Busby vendió su primer cuento de ciencia-ficción en 1957, pero comenzó a escribir regularmente un par de años atrás, al abandonar su trabajo como ingeniero de Comunicaciones. Asistió al taller de escritores de ciencia-ficción de Clarion West (Seattle), y se ha convertido en asiduo colaborador de las revistas de ciencia-ficción, de las primeras antologías de la Nueva Biblioteca Americana y del Club del Libro de ciencia-ficción, además de vender su primera novela: Cage a Man.*

*La novelette, o novela corta, que aquí presentamos, muestra por qué Busby ha tenido tanto éxito: posee un sólido dominio de la correspondencia entre Idea y Personaje, en la ciencia-ficción. En realidad excepto por algunas diferencias surgidas de la creciente libertad adoptada por este género literario desde que abandonara sus épocas sensacionalistas, este cuento podría haber aparecido en uno de los clásicos ejemplares de Astounding Science Fiction durante la «Época de Oro»: por el tono y la exploración de las ideas, no parecería fuera de contexto junto a los primeros relatos de Heinlein, Sturgeon y Asimov.*

F. M. BUSBY

**SI ESTO ES WINNETKA, TÚ  
DEBES SER JUDY**

*(If This Is Winnetka, You Must Be Judy)*

- 1974 -

El color del cielo raso no era el que debía ser... verde grisáceo, y no beige. Alerta, bien descansado, pero aún inmóvil, después de haber dormido. Larry Garth pensó: podía ser el departamento de Boston o, posiblemente, el de Winnetka... o, por supuesto, algún lugar nuevo. Quitándose las mantas de encima e incorporándose a medias, apoyó los pies en el borde de la cama y enderezó el cuerpo. Su espalda no protestó: Boston descartado.

Las paredes también eran verde grisáceas, los muebles de nogal veteados. Sí, Winnetka. Como inspección final, antes de entrar en el baño, levantó la persiana y miró al exterior. Había pasado mucho tiempo, pero reconoció los detalles. Winnetka, sin lugar a dudas, y él tenía 35 o 36 años, solo había alrededor de dos años de Winnetka. Aún quedaba un importante asunto por dilucidar: ¿Judy o Darlene?

El espejo del baño estuvo de acuerdo: estaba en la época del pequeño bigote; lo había visto en fotografías. No le gustaba demasiado, pero lo evitó al afeitarse: no era una buena política introducir cambios innecesarios en los comienzos.

Volvió al dormitorio y recogió los cigarrillos y el encendedor de la mesita de noche, mientras escuchaba el entrecocar de cacerolas en la cocina ¿Judy o Darlene? Cualquiera que fuese, era mejor ir inmediatamente. Tan pronto como echara un vistazo a su billetero... lo primero es siempre lo primero.

Encendió un cigarrillo y miró las tarjetas y documentos que conformaban su identidad en el mundo exterior. Bueno... sabiendo quién era, su licencia y todas sus tarjetas de

crédito estarían en vigencia. El año era 1970. Otra mirada al exterior: otoño. De modo que tenía treinta y cinco años, y las cacerolas resonaban en manos de Judy.

Tanto mejor, pensó. No había llegado su separación de Darlene, pero él sabía que era, que tenía que ser, turbulenta y amarga. Debería enfrentarse con ella en algún momento, pero era «suficiente por hoy»... Ahora bien, su matrimonio con Judy estaba a semanas o días de distancia: aunque no sabía con exactitud en que dirección. Los árboles, al otro lado de la calle, no podían orientarlo; no podía recordar cuándo las hojas cambiaban de color, aquí, o cuándo comenzaban a caer. Bueno, escucharía; ella se lo haría saber.

En un sobre de plástico halló una tarjeta desconocida, con una llave adosada a un lado. La sacó del sobre: el otro lado de la hoja, hasta más de la mitad, estaba lleno con su propia escritura, pequeña y apretada, números en su mayor parte. El primer renglón decía: «1935-54, pequeña equiv... Ver gráfico. 8/75-3/76. 2/62-9/63. 10/56-12/56». Había mucho más: le dominó el asombro. Después la excitación, porque súbitamente los números tuvieron sentido. Meses y años... examinaba una relación de las épocas de su vida, en el orden en que las había vivido. «9/70-11/70» le llamó la atención: eso era ahora, de modo que aún no se había casado con Judy, pero lo haría antes de que concluyera este período. ¡Y la relación cruelmente registrada, incluía otros seis fragmentos de vida entre el que estaba empezando y el que concluyó ayer! La examinó detenidamente, frunciendo el ceño, con un gesto de concentración. Automáticamente tomó un bolígrafo y completó la anotación final, de la siguiente manera: «12/68-9/70».

Nunca hizo anotaciones apriorísticas, excepto en su mente. Pero era una buena idea; ahora que su último yo lo había considerado, él lo continuaría. No, lo empezaría. Se rio; luego dejó de reír. Lo empezaría porque lo había hallado: ¿cuándo y cómo era el verdadero comienzo? Se aferró

a la idea de la causalidad circular, luego se encogió de hombros y aceptó lo que no podía comprender totalmente... estaba allí, le gustara o no. Volvió a mirar la tarjeta, los hitos de su zigzagueante travesía.

Este era un período corto, que concluía algunos días después de la boda. Luego, alrededor de siete meses, con veinte años de edad y de nuevo a la universidad, probablemente se trataba de la época en que decidió terminar con esa ridícula situación, porque acerca de muchas cosas sabía más que sus profesores, pero muy poco de lo que abarcaban sus exámenes.

Esperaba con ansiedad el momento de ver a sus padres nuevamente, no solo con vida, sino saludables. Lo regañarían por haber abandonado los estudios, pero él los calmaría aduladoramente.

Y luego... no, volvería a examinar la relación más tarde; Judy debía estar impacientándose. Una rápida ojeada al otro lado. Debajo de la llave decía: «Primeros Ahorros Mutuales», y después la dirección del banco. La llave estaba numerada: 1028. O sea que había más información en la caja de seguridad. Iría a darle una mirada a la primera oportunidad que se le presentara.

Se puso una bata y se calzó las pantuflas; la última vez que había estado con Judy, en 1972-73, ella había demostrado una liberación del tabú de la desnudez que, sin embargo, encontraba nueva y extraña. Caminando cansadamente por el hall, rumbo al desayuno, se preguntó cómo era que las anotaciones que acababa de ver se habían perdido, destruido, entre el ahora y aquella época. ¿Acaso después, en algún momento entre esos dos períodos, había cambiado de parecer... había decidido que el conocimiento era más un daño que una ayuda? Llegó a la cocina y a Judy, con quien había vivido dos veces como su marido, aunque sin haberla cortejado jamás.

—Buenos días, cariño. —Se adelantó para besarla. El beso fue breve; ella retrocedió.

—Los huevos que te preparé se están enfriando. Los serví cuando oí que el agua había dejado de correr. Están tapados... ¿por qué tardaste tanto, Larry?

—Supongo que me llevó un rato acostumbrarme a estar despierto.

Mirándola, comió sin apenas reparar en la temperatura y el sabor. Ella no había cambiado mucho. Su cabello rojizo dorado estaba suavemente recogido en una cola, ondulante y rizada, en lugar de caer naturalmente; iba envuelta en una voluminosa bata, en vez de moverse ágilmente y con libertad. Sin embargo, su rostro era el mismo, sus maneras eran las mismas, tan diferentes de su primera época con ella. Eso fue durante las últimas etapas de disputas, cinco años después, cuando ella bebía y engordó; el divorcio no estaba lejos. Él no sabía las cosas tan graves que le habían sucedido en un lapso tan breve. Ahora, en el principio o cerca de él, deseaba poder recuperar a la gorda borracha.

—¿Más café, Larry? Ni siquiera has mirado el periódico.

—Sí, gracias. Lo haré ahora. —¡Maldición! Tenía que ponerse a tono más rápidamente—. Bueno... ¿qué hay de nuevo hoy?

Realmente no le importaba. No podía importarle; él sabía cómo eran las crisis y calamidades de 1970 vistas en perspectiva. La única función del periódico era la de orientarlo... la de decirle en qué punto de la mitad del film se hallaba, qué tenía y qué no tenía que saber. Y hoy, como si fuera el primer día de cualquier época, lo primero que buscó fue la fecha exacta. Dieciséis de septiembre de 1970. Su boda se concretaría dentro de seis semanas y tres días, en Halloween. Y hoy era miércoles; el banco estaba abierto.

Como si lo adivinara, ella preguntó:

—¿Tienes que hacer algo especial, hoy?

—Nada de particular. Aunque quiero darme una vuelta por el banco. Tengo algo que hacer.

Así estaba seguro; ella sabía lo del banco. Él solo guardaba secretos esenciales.

—¿Quieres que traiga algo del almashén? —Se acordó de hablar en la jerga que ambos usaban.

—Voy a ver. Hay un par de cosas en la lista, pero no son urgentes.

—De acuerdo. Entonces, primero ven aquí un minuto.

De baja estatura y delgada, ella cabía cómodamente en su regazo, como dos años después. Los besos se volvieron más prolongados.

Luego ella se echó hacia atrás.

—Larry, ¿estás seguro?

—¿Seguro de qué? —Trató de atraerla, pero ella se resistió; él la soltó—. ¿Hay algo que te preocupa, Judy?

—Sí. ¿Estás seguro de que quieres volver a casarte, tan pronto, después de...?

—¿Darlene?

—Sé que has pasado por una situación espantosa, Larry, y... bueno, no vuelvas a caer en lo mismo solo para demostrar que no tienes miedo.

Él se rio y la abrazó con fuerza; esa vez ella se le acercó.

—No es mi intención demostrar nada. Ni a mí mismo ni a nadie.

—¿Entonces, por qué quieres casarte conmigo, si ya me tienes? No hace falta... todo lo que tienes que hacer es no cambiar y ser siempre el mismo conmigo. ¿Entonces, por qué, Larry?

—Supongo que porque soy un poco anticipado.

Era difícil reírse y besarla al mismo tiempo, mientras la llevaba al dormitorio. Pero se las arregló, y ella también, para hacer la parte que le correspondía.

Ella se levantó primero; la lista del almashén ya estaba terminada cuando él se hubo vestido para irse. El beso de despedida fue tierno.

Abajo, él reconoció el automóvil: un viejo Volvo del año anterior, que conocía desde los dos y cinco años posterior-

res; ahora se sentía incluso más ágil y obediente.

El trayecto hasta el banco le dio tiempo para pensar.

Durante sus primeros años-tiempo, los saltos eran pequeños, de uno o dos días, y su joven conciencia los veía como sueños desagradables... despertar con sensaciones desconocidas, con el cuerpo cambiado y las cosas desproporcionadas. Mucho después, al despertar en un hospital, supo que eran verdaderos.

—¿Consume drogas, señor Garth?

—No. —Un poco de yerba de vez en cuando no era droga—. Me gustaría saber por qué estoy aquí.

—A nosotros también. Lo encontramos en un estado lamentable, incapaz de hablar y de coordinar los movimientos. Igual que un bebé, señor Garth. ¿Tiene alguna explicación, alguna historia clínica al respecto?

De modo que estaba aquí, pensó.

—No. He soportado una gran tensión. —Probablemente esa era la explicación más segura, aunque él no sabía ni la edad de su cuerpo ni en qué circunstancias se hallaba. Pero aproximadamente en treinta años-conciencia había aprendido a disimular mientras se orientaba en su nuevo tiempo. De todos modos, tal como esperaba, ellos lo informaron acerca de todo cuanto necesitaba saber sobre sí mismo, y lo dejaron en libertad. Como a menudo le sucedía, sabía que investigar los parámetros del ahora era una tarea estéril; el período solo duraba alrededor de doce días. Pero la investigación no resultaba totalmente inútil, ya que al encontrarse con el período siguiente, aún recordaría.

Una vez, a los cuatro años de edad, se despertó en la madurez, aterrorizado, llamando a gritos a su madre. Recordaba que aquella vez lo habían llevado al hospital y que no se sintió angustiado por despertar allí. Pero lo que había sucedido volvería a ocurrir. Y él estaba seguro de que, al

menos, aún le quedaba un fragmento de la infancia por vivir.

Al principio no hablaba de estas cosas, durante sus períodos en el hogar, porque no sabía hablar. Después lo guardó en secreto, creía que a todos les pasaba igual. Finalmente fue reservado pues comprendió que nadie le podría ayudar o comprenderlo; ni siquiera le creerían.

Una vez, en su séptimo año-conciencia, despertó con la ingle palpitándole de dicha; la mujer que estaba junto a él venció su perplejidad y colmó su insatisfecha necesidad. Fue un período de un solo día, y no la había vuelto a ver. No sabía en qué año-tiempo o en qué lugar se hallaba, pero sabía lo suficiente para decir muy poco. Simplificó la situación cuanto pudo, diciendo que estaba cansado y que no se sentía bien; recordó a tiempo que los adultos dicen que hoy no van a trabajar: estuvo a punto de decir a la escuela. Salió del paso y su confianza en sí mismo aumentó.

Hubo otras dislocaciones a partir de los primeros años-tiempo, pero ninguna de importancia, hasta que una vez se durmió con diecinueve años y despertó para pasar siete meses como un hombre de cuarenta, dos veces divorciado. Se preguntaba qué le habría sucedido para fracasar en dos matrimonios. Su condición de variabilidad simplificaba la adaptación, pero después de algún tiempo se convenció de que había perdido veinte años y de que había sido engañado. Pero el próximo salto fue hacia un período anterior; entonces empezó a conocer el desarrollo de su vida.

Los cambios ocurrían siempre durante el sueño, excepto el que sobrevino durante la muerte. No sabía a qué edad había muerto; las comprimidas arterias de su cerebro no podían mantener una concentración prolongada. En su interior, los fugaces pensamientos eran lúcidos, aunque el efecto era de senilidad. ¿Cuántos años, sin embargo? Bueno, una vez había vivido un año que incluía un septuagésimo cumpleaños, una operación de cataratas, un juicio defendido con éxito y un estado de potencia satisfactorio. De

modo que, al llegar al término, supo que era condenadamente viejo.

A pesar de haber muerto, temía la muerte. Sería solamente una manera distinta de terminar sus días. Porque no tenía una idea muy clara de cuánto había vivido, en ese ir y venir de fragmentos de vida. Algún día acabaría con el último segmento no vivido, y después... suponía que simplemente no despertaría. Haciendo cálculos generosos, vivió un poco menos de la mitad de los años-tiempo que tenía asignados. No podía estar seguro, ya que una buena parte de sus primeras épocas de conciencia no fueron medidas.

El acto de morir no era terrible; incluso su cerebro senil sabía que no había llenado aún los espacios en blanco de su vida. El dolor era horrible cuando su corazón luchaba y apenas podía funcionar, ni detenerse suavemente, pero había sufrido unos dolores todavía más horribles. Su mente se extraviaba y recuperaba la lucidez por unos instantes, al final. Murió con curiosidad, preguntándose qué vendría después.

Era el epílogo del libro: el círculo se cerraba. Estaba comprimido, hostigado. Apremiado y convulsionado, lenta y dolorosamente. Por fin el aire frío alcanzó su cabeza y la brillante luz le agujijoneó los párpados; nacía, probablemente, a la edad-conciencia de treinta años. Excepto por el olvidado instinto de alimentarse, su condición de recién nacido le pareció desagradable.

Llenando involuntariamente espacios anteriores, volvió a sumergirse dos veces en la infancia. La primera vez se aburrió hasta lo indecible; no podía ver con claridad ni moverse libremente. La segunda, más entrenado, se concentró en sus aguzados sentidos, tratando de comprender el contexto de la infancia. Halló instructiva la experiencia, aunque le agradó despertarse adulto, tiempo después.

Las relaciones con los demás eran siempre difíciles; normalmente irrumpía en la segunda mitad del film; ignoraba lo que había sucedido antes y cuáles actitudes debía adop-

tar ante la gente supuestamente conocida. Aprendió a simular una cierta pasividad que no le era característica, a fin de que sus amigos aceptaran la tranquilidad requerida para cada nuevo período de aprendizaje. No hacía daño a nadie con esta pequeña farsa; era tan beneficioso para ellos como para él. Y mientras permanecía en un período, descansando entre vuelos zigzagueantes, sus amigos y amantes — así como sus sentimientos— eran verdaderos y auténticos para él. Cuando volvía a encontrarlos, antes o después, le dolía que ellos, a su vez, no lo supieran ni se alegraran por el reencuentro.

En las primeras etapas de su experiencia, frecuentemente rechazaba esos encuentros. Ahora sabía dónde situar el momento y adaptaba sus archivos mentales para extraer solamente un conocimiento aceptable de aquella época.

No había modo de seguir una carrera convencional, y, al final de ella, obtener una jubilación. Ni siquiera podía terminar la universidad. Afortunadamente, en su primer cambio, cuando saltó de los diecinueve a los cuarenta años, descubrió que era un conocido escritor de ficción. Leyó varias de sus obras y se divirtió con ellas. En períodos posteriores las escribió, recordándolas a medias, y luego escribió otras que no había leído. Sus libros jamás insinuaban los rasgos de su propia vida, pero un crítico dijo acerca de ellos: «Garth nos presenta un punto de vista único, como si mirara la vida desde un ángulo diferente».

La de ellos era una vida extraña, pensaba. ¿Cómo se las arreglaban? Vivir, mirar desde un solo ángulo, que recorría con dificultad una línea y veía solamente un pasado consecutivo.

De modo que jamás podrían comprenderlo. Ni él a ellos.

Tanta era la facilidad con que se familiarizó con el automóvil y la localidad, las manos y los pies adaptándose auto-

máticamente a la caja, a los rápidos frenos y a la dirección, que, inmerso en sus ensoñaciones, casi pasó de largo el desvío que conducía a Primeros Ahorros Mutuales. Tras frenar, puso rápidamente los intermitentes y viró sin dificultad desde el carril de la derecha. Halló un espacio vacío al final de una hilera de automóviles estacionados.

No sabía cuál era el banco, de modo que caminó lentamente, mirando detenidamente a su alrededor. El mostrador de los depósitos de seguridad se hallaba a su izquierda. Encima había un cartel que decía: «Leta Travers»; detrás del escritorio se hallaba una mujer canosa, con un peinado espectacular, que llevaba un anillo de casada. No podía recordar qué términos usaba una persona de esa zona, en aquella época, para dirigirse a otra por asuntos de negocios. Pero tampoco era un detalle demasiado importante.

—Buenos días, señora Travers.

Ella acudió al mostrador.

—Señor Garth. ¿De nuevo va a modificar su testamento?

¡Demonio! No, ella sonreía, debía ser una broma. Sin embargo, ¿cómo es que había llegado a cometer una estupidez semejante? Ahora sabía cómo hacer las cosas. Bueno, le seguiría la corriente.

—Sí. Voy a dejar todos mis millones al asilo de gatos jubilados.

Más adelante debería dar otra excusa, o cambiarla de banco. Porque la próxima vez, desprevenido, podría pasarlo mal. Quizás era esa la razón por la que había dejado de hacer anotaciones... debería tener paciencia, ya se enteraría.

Leta Travers lo condujo hasta el compartimiento aséptico donde su llave y la de él, usadas conjuntamente, abrían la caja 1028. Tras las habituales frases de cortesía, lo dejó solo.

El sobre estaba arriba de todo. No le gustó la inscripción: Esta es Tu Vida, seguida de su firma. Eso era un alar-